

Cometas, tiburones, científicos y nosotros pobres ignorantes



César Valverde

Existe la presunción de que todos los descubrimientos científicos tienen el don de la infalibilidad y de que pueden mostrarnos con claridad meridiana o veracidad absoluta lo contrario de lo que la primitiva tradición nos refiere.

¿Pero, será realmente válida tan categórica aseveración?

Hace exactamente dos años el astrónomo checoslovaco Lubos Kohoutek puso a la gente de cabeza, al anunciar la llegada o aproximación a la tierra de un cometa que según funcionarios de la NASA (Dirección Nacional de Aeronáuticos y el Espacio) "sería tan bri-

llante como la luna llena y más espectacular que el Halley", por lo que se le llegó a denominar el "Cometa del Siglo".

Los astronautas Gerald Carr, Edward Gibson y William Pogue recibieron instrucciones del propio astrónomo Kohoutek para que lo estudiaran mejor desde su "Skylab" y los científicos se desplazaron a diversas latitudes incluyendo a Costa Rica, adonde llegó un grupo de cuarenta y cinco investigadores dirigidos por el astrónomo Mensel, ex director del observatorio astronómico de la Universidad de Harvard.

Por doquiera se multiplicó la venta de telescopios e instrumentos de observación y todos contábamos al menos con un vidrio ahumado para disfrutar del insólito acontecimiento.

Pero transcurrido algún tiempo se disipó toda esperanza de ver al magno visitante y el "cometa del siglo" pasó a ser "la broma del siglo".

Este año se exhibió en un cine de la capital la película "Tiburón" y los periódicos mostraron largas filas de personas deseosas de gastar veinte colones por entrada, constituyendo el hecho, lo que por aquí llaman "un éxito de taquilla".

La producción, sin ser de primera calidad, tiene escenas impresionantes y su director Steven Spielberg que cuenta con cierto prestigio, logra entretener y a veces sobresaltar al público con sensacionalistas escenas en las que las feroces bestias marinas devoran a los humanos con gran deleite.

Lógicamente no se podría esperar información de cierto rigor científico en una película comercial de este tipo, pero en otra oportunidad vi la producción documental "Aguas azules, muerte blanca" filmada por un grupo de hombres de ciencia, que muestra la ferocidad de los tiburones y la forma en que éstos atacan a los ictiólogos que se introducen al mar protegidos por fuertes jaulas metálicas.

En otro documental de Gualtiero Giaccopetti, quizá más truculento o menos confiable que el anterior, se de-

ja ver una isla de pescadores, en donde a la mayoría de sus inválidos habitantes, los tiburones les habían cercenado algún miembro o dejado huella de su voracidad.

Recientemente la prensa dio también extensa divulgación a una noticia relacionada con la familia Horne que naufragó entre Houston y las Bahamas, donde los escualos devoraron a dos de los niños, ante los espantados ojos de sus padres.

Los pescadores de Guanacaste y Puntarenas aseguran que el tiburón es un animal peligroso y dan fe de haber visto impresionantes escenas en las que los seláceos han actuado en forma sanguinaria.

Hasta aquí, según mi pobre conocimiento; basado en documentales, historias de pescadores o la fantasía de mi abuela, quien siempre me hablaba de feroces tiburones y tintorerías, creía a pie juntillas que esos peces eran bastante voraces.

Pero hace pocos días llegó a Costa Rica el eminente oceanógrafo Phillipe Costeau quien ofreció unas declaraciones que dieron al traste con mis primitivos conceptos, al afirmar enfáticamente que "el tiburón no ataca, ni come carne humana".

Los Costeau, Phillipe y su célebre padre Jacques nos han deleitado y llenado de admiración con sus maravillosos documentales acerca del mar o la fauna marina y están considerados como pioneros de una nueva civilización.

Por eso, de tener que escoger entre fantásticas historias o la autorizada voz de un científico de la talla de Costeau, pareciera lógico inclinarse por el segundo.

Sin embargo, como uno de mis grandes pecados ha sido siempre la duda, aún no sé si aconsejar a mis hijos que se metan al mar cautelosamente hasta la altura del ombligo o si por el contrario, deba construir un estanque en el patio de casa y tener allí un tiburón para que juegue con los niños, pues con lo cara que está la carne ya no se puede ni tener perro...